

Cosa de todos

La construcción de una sociedad, su devenir histórico, su vida en comunidad, no son cosas de unos pocos. Todos, de uno u otro modo, participamos en el ensamblaje de ese gigantesco rompecabezas que es la historia de un pueblo, en el que las piezas se han encajado, en no pocas ocasiones, a golpe de odio y exclusión. Felizmente, en España gozamos hoy de un régimen democrático cuya expresión legal por antonomasia es la vigente Constitución. Nuestro sistema político se asienta en la soberanía del pueblo del que, por cierto, todos formamos parte, bonita perogrullada que a veces conviene poner sobre el tapete, porque todavía se encuentra uno con quien no se ha enterado de cosa tan simple. El sistema democrático, con sus imperfecciones, es el mejor para que ese puzzle al que antes me refería se componga con tranquilidad y orden.

Esa estructura precisa de unos partidos políticos que recojan en sus postulados las variedades ideológicas de la población y, bajo sus principios, aporten ideas para el progreso social, mientras participan en el entramado institucional, ora en funciones de gobierno, ora de oposición. Evidencia que no entra en las mentes de algunos.

Veamos. Si los partidos representan a ciudadanos libres, si todos somos necesarios para la gestión del presente en aras del futuro, ¿qué puede mover a algunos a instalarse en la continua abominación de otras opciones políticas, utilizando tácticas que repugnan

al espíritu democrático y al sentido común? Me refiero, por ejemplo, al sistemático intento de aislamiento por la mayoría de las fuerzas de izquierda y las interesadísimas nacionalistas al Partido Popular que, guste o no, recoge a la mejor derecha posible y rivaliza con el PSOE por ese espacio llamado centro. Las técnicas utilizadas aburren: *son franquistas, se les ve el plumero, utilizan los símbolos nacionales* (¿por qué los otros no lo hacen, no son suyos también?), hasta *golpistas* se ha oído a algún ilustre cineasta.

La respuesta es evidente. Al adversario político lo convertimos en enemigo (ya sabemos esa fórmula del mediocre, *al enemigo ni agua*). A base de machacar con consignas, algunos se las creen y vamos formando un ambiente en el que unos son los buenos y otros los malos. ¿Para qué? Pues para mantenernos en el poder a toda costa, oiga, que las poltronas son mullidas.

Estas prácticas son de un carácter antidemocrático de libro. En primer lugar, porque el establecimiento de *cordones sanitarios*, como dijo algún exaltado, o el pacto del Tinell, o esa pintoresca comparecencia notarial de Artur Mas (veremos si no se la tiene que comer algún día con *al i oli*) no significa aislar a un aparato político, a una sede con capitostes varios, sino a millones de personas que creen en lo que ese partido representa.

En segundo lugar, porque se azuza a las personas al servicio de los tópicos que la agitación y propagan-

da diseñe. Pero, sobre todo, porque en política no todo vale. O no todo debería valer. Dice Benigno Pendás que "la política, espejo de la vida, fracasa cuando triunfa el dogmatismo". Pues eso.

Por lo tanto, la inocuización del adversario, su conversión en enemigo y la indisimulada animadversión no son cosas que nos deban hacernos sentir bien. Estas actitudes son soberbias y enturbian la vida política con inevitables salpicones a la convivencia. Una cosa es la crítica política, la ironía, el control parlamentario, la discusión de ideas, la denuncia de lo mal hecho, y otra muy distinta y repudiable la descalificación. Algún día deberían considerarse como cosa de botarates los lamentables espectáculos que algunos nos brindan. Hoy, en mi opinión, deben preocuparnos los malos usos. Habría que poner en absoluta cuarentena los mensajes de aquellos que no tienen escrúpulos en ir de frente contra las esencias de nuestro sistema político, mientras se mesan las barbas y se rasgan las vestiduras clamando contra una *crispación* de la que, invariablemente, tienen la culpa los otros, claro.



Juan Carlos Fernández